

ENCUENTROS DE UN EMBAJADOR CON DON QUIJOTE

José Cuenca
Embajador de España

RESUMEN: El autor resume en este artículo el contenido de su libro, de reciente aparición, «Encuentros de un Embajador con Don Quijote». En él presenta sus experiencias con el mundo cervantino en Inglaterra, Rusia, Grecia, Italia, Francia, Alemania y otros países, en los que Cervantes y nuestro Don Quijote han dejado huella muy profunda. En los casos de Rusia y Grecia, donde el autor ha sido Embajador, el estudio es particularmente atractivo y novedoso.

ABSTRACT: In this article, the author summarizes the content of his recent book «Encounters of an Ambassador with Don Quijote». He presents his experiences with the Cervantes world in England, Russia, Greece, Italy, France, Germany and other countries, in which Cervantes and Don Quijote left a deep foot print. In the cases of Russia and Greece where the author has been Ambassador, the study is specially attractive and novel.

Tengo escrito y publicado que sobre Cervantes y el Quijote ya se ha escrito todo, o casi todo. Y que en mi biblioteca particular cuento con cientos de volúmenes que tratan de los más diversos temas cervantinos, desde ópticas a veces muy particulares. Mencionaré sólo unos ejemplos. Hace poco, descubrí el texto de una conferencia sobre «Cervantes y la Química», que ya es afinar; y mi última adquisición: un librito que lleva por título nada menos que «Don Quijote y el Concilio Vaticano II». Sólo falta ya que vea la luz un trabajo que prepara un buen amigo mío, en un marco de la más rabiosa actualidad: «Don Quijote y el desarrollo sostenible».

En fin: que no es fácil añadir nuevos elementos a esa riquísima bibliografía, que no deja de crecer, y que abarca recopilaciones de sentencias y refranes, tratados relativos al gobierno y las costumbres, y una serie interminable de obras sobre la música, el paisaje, la mujer y la cocina en el Quijote. Sin olvidar una larga sucesión de trabajos relativos al tema escatológico.

co en Cervantes, a sus sentimientos religiosos y a los mudables pareceres que, respecto a frailes y gente de iglesia, están presentes en la obra.

A la vista de este panorama, ¿qué puedo ofrecer yo? Pienso que un diplomático español, con más de cuarenta años de Carrera (veintiséis de ellos como Embajador), fiel enamorado de este libro prodigioso, quizá sólo esté en condiciones de aportar, como elemento novedoso y diferente, algo que nadie le puede discutir: su experiencia personal.

Y eso es lo que me propuse hacer cuando saqué a la luz mis «Encuentros de un Embajador con don Quijote»: un libro que nació hace unos meses, y que ahora resumo en este artículo. Porque a lo largo de las últimas cuatro décadas, y en los países donde he servido como profesional de este viejo y noble oficio mío, he tenido la fortuna de vivir numerosos y fructíferos encuentros con el Ingenioso Hidalgo, que me han ido deparando incontables sorpresas y no pocas alegrías. Y ello, dentro de un sentimiento general que he percibido en todas partes, y que quiero subrayar desde ahora mismo: la profunda convicción, tanto en Europa como en América, de que estamos en presencia de una obra excepcional. Y algo más: la gran novela cervantina es valorada, en cuantos países he vivido o visitado, como la más alta invención del espíritu humano.

Cuando prestigiosas autoridades del mundo de las letras fueron consultadas, en el año 2002, para fijar el catálogo de los cien libros más importantes de la literatura universal, no hubo duda alguna sobre el primero de ellos: el Quijote. Por él votaron los ingleses de Shakespeare, los franceses de Molière y los alemanes de Goethe, junto a los colombianos de García Márquez y los chilenos de Neruda; seguros, todos ellos, de que estaban ante la creación literaria más brillante, profunda y luminosa de los tiempos pasados, presentes y por venir.

Yo era entonces Embajador en Canadá, y pude ver cómo los escritores de aquel país mostraron su total acuerdo con esa selección. En una mesa redonda organizada por la Universidad de Montréal, con la que celebramos tan importante y grata decisión, recibí numerosas felicitaciones de intelectuales y profesores de español que, desde mucho tiempo atrás, venían analizando en sus cátedras de idiomas la belleza del llamado «Libro Rey». Una obra portentosa con la que me he ido encontrando en los más variados países desde que, en 1964, y recién ingresado en la Carrera diplomática, visité las librerías de viejo en los barrios altos de Lisboa, tan llenos de sabor.

No es posible relatar en un resumen breve todo el rico muestrario de los contactos que he vivido con la obra de Cervantes, desde mi pri-

mer destino en Nueva York, donde se hizo el facsímil más perfecto de la edición príncipe, hasta los últimos años como Embajador en Canadá: un país apasionado por Cervantes y el Quijote, cuyo estudio se incluyó en los programas de español de más de noventa Universidades.

De entre esas anchas experiencias, he seleccionado dos muy relevantes: Londres y Moscú. Y una más, cargada de recuerdos: don Quijote en Grecia. Para terminar con una breve referencia a su impacto en las literaturas francesa y alemana, sobre todo durante la época romántica.

Mi más gozoso encuentro con Cervantes y el Quijote tuvo lugar en Inglaterra, donde serví cinco años como Consejero de Embajada. Allí pude comprobar una información que ya tenía: que en ningún otro país se ha prestado una atención mayor a este libro incomparable. Los viajeros ingleses de los siglos XVIII y XIX lo estudiaron, como forma de ir anticipando los paisajes y costumbres de la España que se proponían visitar. Pero hay algo todavía más sorprendente: las crónicas de la época nos cuentan cómo algunos de los jefes y oficiales que participaron en las guerras peninsulares lo traían en sus equipajes y mochilas, para entender mejor el país donde iban a pelear.

En el Reino Unido se hizo la primera traducción de nuestro libro a un idioma extranjero. Fue labor de Thomas Shelton: un irlandés enamorado de España, que había estudiado en Salamanca y hablaba nuestro idioma. Después vendrían otras muchas, en un intento de mejorar aquel trabajo, un tanto tosco y desmañado. Se trata de esfuerzos meritorios, buscando la mejor de las versiones; pero ninguna de ellas es perfecta, quizá por ser tarea imposible tratar de verter a otros idiomas la infinita riqueza de matices, los juegos de alusión y picardía, la tersura del vocablo y, muy especialmente, la música que fluye del texto cerantino. Como ya dijo «Clarín» –opinión con la que coincido por completo–, «Don Quijote, no siendo en castellano, no es ni la sombra de Don Quijote».

También en Inglaterra vio la luz la primera edición monumental del quijote en español –sí, en español–, dada a la estampa, según cuenta la romántica leyenda, para complacer los caprichos de una soberana: la reina Carolina. Es el bien conocido «Quijote de Tonson», impreso en 1738: una obra en cuatro tomos y formato «quarto real», adornada con 68 láminas concebidas por Vanderbank y tajadas en cobre, casi todas, por Vander Gucht, uno de los más prestigiosos grabadores de la época.

Además de su belleza tipográfica, sólo superada por el quijote que publicó nuestra Real Academia casi medio siglo más tarde, esta edición, que no dudo en calificar de suntuosa, contenía dos significativas nove-

dades: el retrato del autor hecho por Kent, inspirado en la famosa descripción que de sí mismo hace don Miguel —«este que veis aquí de rostro aguileño»...— en el prólogo de las *Novelas Ejemplares*, y la publicación del primer estudio serio sobre la vida de Cervantes, que compuso, basándose en el concienzudo análisis de amplios fondos documentales, don Gregorio Mayans y Siscar.

Vendrán después los eruditos a decirnos que el retrato de Kent tuvo otras fuentes de inspiración; y que el trabajo de Mayans, a pesar de ser serio y bien fundado, contiene no pocos errores. Es igual. Don Gregorio, que conocía los datos ofrecidos por Tamayo de Vargas y Nicolás Antonio, a quienes cita, pudo errar en algunas de las conclusiones a que llega; pero tuvo el mérito de llevar a feliz término una inmensa labor de investigación. Y hacerlo con un solo objetivo, que desvela en su dedicatoria al Barón de Carteret: dar a Cervantes «Vida Propia», para colocarlo en el alto pedestal que merecía. Ya que, y sigo citando al propio autor, «los escritores de aquella edad (habiendo sido tantos) o no hablaron dél, o lo alabaron tan friamente, que su silencio o sus mismas alabanzas, son indicios ciertos, o de su mucha envidia (sic), o de su poco conocimiento».

Mucha envidia y poco conocimiento: los dos grandes pecados nacionales, con los que críticos mezquinos han juzgado, tantas veces, a los gigantes de nuestra literatura.

En fin, el 23 de abril de 1781, día de San Jorge y aniversario del sepelio de Cervantes, se publica en la ciudad de Salisbury, y también en castellano, el llamado en el argot de los bibliófilos «Quijote de Bowle», enriquecido «con anotaciones, índices y varias lecciones». Su autor fue el Reverendo John Bowle, un modesto preste estusiasmado con la obra de nuestro novelista universal, que él leyera en castellano. Existen encontradas opiniones sobre si llegó a viajar a España. Parece que no lo hizo. Pero sí se sabe que dedicó catorce años al estudio de la lengua, la cultura, las gentes y el trasfondo literario del mundo de Cervantes, para entender en toda su amplitud una obra que él consideraba no de alguien o de una época, sino de todos los hombres y de todos los tiempos.

Una vez más, Inglaterra nos ofrece otra formidable aportación: la del primer quijote comentado de la historia, brillante precedente de las ediciones posteriormente anotadas por los cervantistas y estudiosos españoles de los siglos XIX y XX. En su dedicatoria al Conde de Huntington, impresa en preciosa letra bastarda, el ilustre presbítero señala su satisfacción por haber dado feliz término a esa empresa gigantesca, que le ocupó buena parte de su vida. De esta forma pudo contribuir, como

se apunta en el prólogo de las notas, a una mejor comprensión de lo que el sabio vicario de Idminston califica como «obra insigne y célebre, merecedora del aplauso universal». Y en verdad que lo consiguió, abriendo con sus anotaciones y su certero método de estudio el camino por el que habrían de transitar biógrafos como Juan Antonio Pellicer o Gerónimo Morán, y analistas de la talla de Diego Clemencín, Clemente Cortejón, Astrana Marín y don Francisco Rodríguez Marín.

En mis cinco años de Londres me reuní con no pocos intelectuales y librerías, de las más diversas filiaciones, fascinados por Cervantes. Si tuviera que destacar alguno de ellos, lo haría con Joan Gili: el último patriarca de una larga saga de editores catalanes. En el jardín de su casa, a las afueras de Oxford, y mientras Elisabeth nos servía una taza de té con tarta de manzana, pasamos muchas tardes domingueras hablando de literatura. A él le debo algunas de los más preciosos quijotes que poseo, y una amplia información sobre el impacto de esta obra en Inglaterra. «Soy librero y mercader –me dijo un día–, y vivo de comprar y vender libros; pero hay obras de las que no me desharé jamás, porque necesito acariciarlas y saber que siguen siendo más». Y me pasó a su despacho personal, donde atesoraba soberbias ediciones de los libros más raros, que nunca he vuelto a ver.

En Moscú, donde fui Embajador desde enero de 1987 hasta mediados de 1992, volví a encontrarme con un país fascinado por Cervantes. Cuando visité, recién llegado, la que fue casa de Pushkin, vi que entre los libros que pertenecieron al poeta había dos buenas ediciones francesas del quijote. Luego, no dejó de sorprendeme el marcado rastro que esta obra había dejado no sólo en la poesía sino en la gran novela rusa del siglo XIX, con Tolstoi, Turgueiev y Dostoyevsky como más significados seguidores.

Entre los poetas, y sin olvidar la influencia cervantina en «Las almas muertas» de Gógol, el caso de Pushkin es el más claro. La presencia de Cervantes es visible en toda su obra, desde los «Cuentos de Belkin» a la epopeya titulada «Balada del pobre Caballero»: un héroe de leyenda que, tras su encuentro victorioso en Tierra Santa, donde logra detener al sarraceno con la fuerza de su brazo, regresa a su castillo para morir en él, «triste, silencioso, privado de razón y en la más completa soledad». Pushkin, que conocía nuestro idioma y llegó a traducir «La Gitanilla» –inspiradora de su obra «Los Gitanos»–, dejó constancia de esta huella en su gran poema romántico, Eugenio Oniéguin. En él, la figura de don Quijote inspira no tanto al protagonista masculino, tan egoísta y mudadizo, como

a la adorable Tatiana Lárina, «la de los ojos tristes», paradigma de la mujer rusa de entonces y de siempre: fiel, hermosa y dulcemente resignada.

Turgueniev escribió un ensayo cien veces citado por los cervantistas españoles. Su título, «Don Quijote y Hamlet». En él, trata de «contraponer los dos polos opuestos de la naturaleza humana». El uno, don Quijote, simboliza la fe, el entusiasmo y el amor; el otro, Hamlet, el egoísmo, la frialdad y la duda. En el otoño de 1982, con ocasión de un viaje oficial mío a Copenhague, visité el castillo de Elsinor, azotado por un viento de cuchillo. Entonces comprendí las razones profundas de las diferencias entre el príncipe de Dinamarca y nuestro animoso Caballero. Shakespeare concibió un Hamlet hijo de la bruma y de la mar embravecida, perdido en un palacio entre cuyos muros oscuros, batidos por la lluvia y la centella, vagaba su alma atormentada. Don Quijote no podía ser así; él es hombre de llanura, de altos cielos enrasados, de barbecho y rastrojera. Y de esa tierra de La Mancha, luminosa, seca y dura, es de donde nacen sus certezas. No es hombre de saraos. Le molesta la trompetería de los palacios, le agobian los usos cortesanos, le aturde el muelle deambular de los salones. Lo suyo es el campo abierto y el camino. Por eso, cuando se despide de los duques, celebra su reencuentro consigo mismo y con los suyos, y nos deja una de las más hermosas páginas de la obra: el elogio de la libertad recuperada.

Dostoyevsky recibió el influjo de Cervantes a través del romanticismo europeo, muy marcado por el idealismo y su visión trascendente del mundo y de la vida. La mezcla de nobleza, altas miras y locura del Hidalgo es lo que le cautivó. Han corrido ríos de tinta para establecer un paralelo entre Don Quijote y «El Idiota». Y son muchos los que, en Rusia y en España, han querido subrayar similitudes entre el genio de Cervantes, capaz de crear un loco egregio, que retorna a la cordura y a la muerte, y el talento del autor de «Los Hermanos Karamázov», que dio vida a unos iluminados y trágicos personajes, siempre en lucha con su entorno y su destino. En una carta dirigida a su sobrina, Sofía Alexándrovna Ivánova, el día de Año Nuevo de 1868, Dostoyevsky da cuenta detallada de las dificultades que encontraba para conseguir plasmar en «El Idiota», obra en la que trabajaba noche y día, el ideal de la belleza y la bondad. Y le añade: «sólo quiero decirte que de cuantas figuras bellas hay en la literatura cristiana, la de Don Quijote se me antoja la más alta y más perfecta».

En cuanto al conde Lev Tostoi, hay un punto de partida que nos puede dar las claves de su clara impronta cervantina: el conocimiento que ambos genios tenían de la aldea y de sus moradores, fueran los «mujiks»

de Yásnaya Polyana o los labriegos socarrones de La Mancha. Y algo más profundo, que palpita en las obras de los dos: el tratamiento del paisaje y, en el fondo, la fuerza de la tierra y su influencia en la buena o mala estrella de los hombres. Ese amor por el campo y por la naturaleza lo llevó hasta el panteísmo, siendo excomulgado por el Santo Sínodo de la Iglesia rusa. En el otoño de 1910, Tolstoi moría en su mansión rural. Toda Rusia lo lloró. A pesar de ese inmenso sentimiento de dolor, la Iglesia ortodoxa no le quiso levantar la excomunión, prohibiendo celebrar funerales religiosos. Pero cuentan que esa noche se sintió llorar al lobo en las estepas, y que los recios vetarrones de noviembre hicieron que doblasen las campanas.

Una de mis primeras escapadas fuera de Moscú fue a la casa de Tolstoi, en Yásnaya Polyana. Allí estaban sus recuerdos, la sobria vestimenta y los menudos utensilios que nos hablan de la fuerte personalidad del autor de «Guerra y paz». Conocedor de la influencia de Cervantes en toda su obra, rebusqué en los armarios, con puertas de cristal, donde se guardaban libros que habían sido suyos, tratando de encontrar algún quijote. Pero allí tuve menos suerte que con Pushkin: no lo había. Sí encontré, fuera de la casa, los recuerdos que yo deseaba ver: el banco de troncos de abedul, que hizo con sus manos, en el que gustaba descansar a la caída de la tarde, tras su habitual paseo por los campos apagados; y su tumba, que todavía sigue siendo lugar de peregrinación. En el bosque de Zácar, al final de un sendero que discurre entre árboles esbeltos, vi el montón de tierra, en forma de ataúd, que cubre sus despojos. Estaba donde él quiso que estuviera: cerca del lugar en que su hermano Nikolenko, que le contaba cuando niño relatos fantásticos de amores, princesas y guerreros, había escondido un bastón verde, en cuya caña había grabado el secreto del amor universal.

En Rusia me topé con don Quijote no sólo en la literatura, sino en el cine, la danza, el teatro y la iconografía de ese país.

Un día me contaron que, cuando el gran maestro Einsteinstein rodaba «Ivan el Terrible», una de las maravillas del séptimo arte, llevaba en el bolsillo de su enorme guardapolvo la traducción al ruso de los místicos españoles. Porque quería insuflarle al personaje de Ivan IV, encarnado por Nikolai Cherkásov, el fuego interior que late en la poesía castellana; covencido, como estaba, de que existe una estética de llanura, un aliento de meseta –cielo limpio, noche clara y alta estrella– que definen las formas de vida y la cultura de una tierra, y marcan para siempre al hombre y su destino.

También Cherkásov interpretaría a Don Quijote, en la mejor versión hasta hoy llevada al cine: la que dirigió, en 1957, Grigory Kozintsev. En ella, frente a tantos enfoques irritantes, se insiste en esa mística versión del Caballero: la de un idealista curtido en las amargas y desagradecidas artes de servir a los demás, empeñado en defender, por los llanos de la Mancha, y con la sola fuerza de su brazo, los valores y principios en los que creía.

En la ópera, la danza y el teatro, el impacto de las altas creaciones de Cervantes era bien visible en la Rusia donde fui Embajador. Todavía llegué a ver un ballet de Don Quijote que fue la gloria del Bolchoi, continuador del que el maestro Petipa había creado en el siglo XIX. En 1923, en Nuev York, se había estrenado otra versión, donde la bella Quiteria era interpretada por la más grande bailarina de todos los tiempos: Anna Pavlova. Unos años antes, y sin salirnos de la escena, el bajo Cheliapin había cantado en el Mosú de los zares la ópera que compuso Jules Massenet, dando con su voz inigualable al Caballero de la Triste Figura una fuerza dramática y un toque de grandeza que nadie ha logrado superar.

Pero lo que más me sorprendió fue la presencia del quijote en las escuelas, donde se tuvo como libro de texto, y en las bibliotecas populares repartidas por el país. La obra había llegado tarde al idioma ruso, ya que la primera edición en esa lengua no vio la luz, incompleta y no bien traducida, hasta 1769; pero las gentes pronto supieron apreciar lo que leían. Y la demanda creció de tal manera, particularmente entre las clases acomodadas, que se hicieron más de una docena de versiones en el siglo XIX, algunas con bellísimas estampas en color.

Ya en el siglo XX, el Quijote se convierte en la más popular de las novelas extranjeras editadas en la URSS, con tiradas que alcanzaron cientos de miles de ejemplares. Conozco varias ediciones del pasado siglo, en las que hay un elemento a destacar: su magnífica iconografía, obsesionada –algo sorprendente en una férrea dictadura como fuera la de Stalin– por las ideas de Cervantes sobre el honor, la libertad, la justicia y la igualdad.

El 23 de abril de 1990, siendo Embajador en Moscú, puse en marcha lo que yo deseaba que fuese una iniciativa con futuro: conmemorar, en aquel país y en todo el mundo, el «Día de las Letras Españolas». La respuesta que tuve, sobre todo entre los más jóvenes, fue entusiasta. Recordaré mientras viva aquellos niños rubios –las chiquillas con vistosos lazos blancos de organdí– que leyeron, en los modestos escenarios de sus teatros de colegio, y en perfecto castellano, fragmentos del Quijote. Un año más tarde, y con el apoyo explícito de Mijail Gorbachov, las

celebraciones se extendieron a todo el territorio de la todavía existente Unión Soviética. Se representaron escenas de los clásicos del Siglo de Oro –magnífica la versión de «Los locos de Valencia», en el Teatro Mayakovski–, se impartieron varias conferencias en las Universidades de Moscú y de Leningrado y se dio lectura, por los alumnos de primaria, a escenas y pasajes de Cervantes.

Al final de aquellos actos, una de las profesoras, oriunda de Siberia, me preguntó sobre el alcance y significado de esta obra. Yo le respondí destacando los valores humanos y los ideales en ella contenidos. Vivíamos ya la primavera de 1991. En Rusia se avistaba el ocaso de la larga y despiadada dictadura comunista. Y me pareció que era tiempo ya de subrayar lo que, para mí y para otros muchos, constituía la más grande aportación de nuestro hidalgo: su pasión por la libertad.

También Jorge Semprún, que visitó Moscú en su calidad de Ministro de Cultura, se refirió en el brindis de la cena oficial que le ofrecí a lo que él llamaría, con expresión muy quijotesca, «la locura de la libertad». Y lo hizo estableciendo un paralelo entre la explosión de alegría que vive Rusia cada primavera, con la llegada del sol y del deshielo, y el deseo, que él expuso con vehemencia, de que el cambio político que estábamos viviendo trajera, para el sufrido pueblo ruso, la liberación que ya se barruntaba.

Le contestó Nikolai Gubenko, un actor que había aceptado el cargo de Ministro de cultura a condición de que su amigo Gorbachov, que le ofreció ese puesto en el gobierno federal, le permitiese mantenerse fiel a su genuina vocación de actor. De ahí la exigencia que él puso como condición ineludible: seguir interpretando, en el teatro de la «Taganka», el papel de Boris Godunov.

Nunca olvidaré los emocionados términos en que le respondió a Semprún, que reproduzco casi de forma literal, apoyándome en mis notas personales. Son éstos:

«Me gustaría poseer su talento para poder expresar, con la brillantez que usted lo ha hecho, tan altos ideales. Pero yo no soy más que un actor que pone en su boca las palabras de otro, y va vagando por el mundo con un circo ambulante de carpas remendadas. Algo así como ese caminante de la Mancha al que usted se ha referido, que siempre pregonó la libertad».

Un año más tarde, en el verano de 1993, fui nombrado Embajador en Grecia. Y allí volví a encontrarme con nuestro andante Caballero. Los griegos llegaron al Quijote aún más tarde que los rusos, cuando se liberaron de la dominación otomana. Pero la obra, analizada bajo ese prisma de liberación y dignidad, tuvo una importancia decisiva en la literatura griega de finales del siglo XIX, especialmente en los panfletos que denuncian la opresión de cuatro siglos –«el Yugo», le llamaban ellos– y en los textos que anunciaban el claro renacer de su propio sentimiento nacional.

En la Atenas donde fui Embajador se editaba, desde 1986, la revista «Cervantes»: una publicación anual, en griego y español, cuyo interesante contenido superaba, con mucho, la mala calidad de su papel y la no muy ágil impresión de aquel modesto cuadernillo. Había sido creada por los estudiosos de ambos países, que la sacaban adelante a duras penas, con más entusiasmo que medios económicos.

Pero a mí, lo que de verdad me conmovió fue el contacto con un devoto y entusiasta grupo de hispanistas, amantes de nuestra literatura, que se reunían una vez a la semana para leer y comentar pasajes del Quijote. Tenían sólo dos ejemplares, manoseados y marchitos, que se pasaban de unos a otros. Así que mi primera tarea fue proporcionarles una veintena de ejemplares, adquiridos en Madrid y costeados por mis propios dineros. Recuerdo el día en que me entrevisté con ellos para darles una charla sobre la patria de Cervantes y el origen del Quijote, dos controvertidos temas largamente disputados. No sé si estuve bien o mal; sólo puedo decir que pocas veces me he visto ante un auditorio más rendido y entregado.

El más emocionante y singular encuentro con don Quijote, durante mi etapa como embajador en Grecia, fue en Salónica, el día que me reuní con los doce componentes de la Asamblea Sefardita, que me recibieron como representante del que un día fue su Rey. En la sala de sesiones, en una vitrina bien cerrada, estaba nuestro libro, junto a las obras de Santa Teresa y otros textos, entre los que destacaba la Guía de Descarriados de Maiónides. Tras la sesión, en la que fui saludado en un ladino antiguo y brillador, visité al librero Salomón Molho, patriarca del casi extinguido mundo sefardí en aquella próspera ciudad. Entre todos los miembros de su familia, sólo él conservaba un bello y sonoro castellano, trufado de vocablos y expresiones de hace quinientos años, con el que me dio la bienvenida. No tenía en los anaqueles de su lujosa librería ninguna obra de Cervantes. Pero me dijo: «Si me topo con algún quijote antiguo, avisaré a vuesa merced para que lo pueda mercar».

Era la primera vez, en mi ya larga trayectoria profesional, que alguien se dirigía a mí con esa expresión tan entrañable: vuesa merced. Y me

entristeció ver cómo de aquella floreciente comunidad, que había controlado la cultura y los negocios de la Salónica del siglo XIX, no quedaba casi nada. La «calle de las doblas», donde habían establecido sus casas de cambio los que fueran banqueros de los reyes de Castilla y Aragón, ya no se llamaba así. Y de los niños que reñían en español, jugando en las plazuelas, como lo hicieron sus antepasados en las juderías de Sevilla, de Segovia o de Toledo, no existía ni el recuerdo. Hacia 1900, la mitad de la población de Salónica era de origen español, y El Quijote se enseñaba en las escuelas y en la Universidad, que la diáspora fundó tan temprano como en 1510. Ahora, en una ciudad de un millón de habitantes, pude ver que la colonia sefardí apenas pasaba del millar. Las guerras y el holocausto la habían reducido a ese pequeño grupo testimonial que coservaba, sin embargo, el orgullo de sus raíces, el respeto por sus tradiciones ancestrales y el recuerdo de los sabios rabinos que cantaron, en las sinagogas de la ciudad vieja, la belleza y la nostalgia de la Sefarad perdida.

Al final de mi vereda diplomática, me complace compartir con quien me lea la experiencia de los múltiples encuentros con nuestro Don Quijote, que me ha ido acompañando a lo largo de más de cuarenta años de servicio. Para mí, el hazañoso Caballero ha sido un guía al que recurrí una y otra vez, en los momentos apacibles y en los de tribulación. Hoy quiero agradecer al noble Hidalgo el apoyo que me dio cuando tuve que partir a muy lejanos países, al otro lado de la mar. Siendo el Caballero de la Fe, él supo confortarme en la hora de la duda; siendo protector de desvalidos, él quiso venir en mi socorro cuando lo hube menester; siendo tan bizarro, valeroso y bien templado, él me ofreció el lema que he tratado de seguir, a lo largo de toda mi Carrera. Es éste:

«Bien podrán los encantadores quitarme la ventura,
pero el esfuerzo y el ánimo, será imposible»

La diplomacia que profeso está marcada por tres grandes ideas: el servicio a los demás, el gusto por el riesgo y la tentación irresistible del camino. Son, si bien se mira, puntos compartidos por la andante caballería. Porque, al igual que sucediera a nuestro héroe, a quienes hemos elegido este oficio mío no nos importa el punto de arribada: lo que importa es el camino. Y no nos tienta el oropel de los salones, sino el encuentro, y la lucha, y la aventura. Al final, tras haber reñido en fiera y desigual batalla con vestiglos, gigantes, malandrines y esa gente descomunal y soberbia que puebla las cancillerías del ancho mundo, el Embajador retorna a su lugar con la satisfacción y la alegría de haber peleado por España y por los suyos. Ahí están su gloria y su grandeza.

También Don Quijote, cumplida su misión caballeresca, decide regresar; pero él vuelve a su casa vencido y pesaroso, con una sombra de tristeza sobre sus ojos cansados.

Nadie ha sabido verlo mejor que León Felipe, con esa intuición clarividente con que los grandes poetas desvelan los pálpitos ocultos que escapan a la percepción de los comunes mortales. Y escrito lo ha dejado para siempre, en esos versos luminosos por todos conocidos y que al pueblo pertenecen, porque ya están en sus cantares.

Por la manchega llanura
se vuelve a ver la figura
de don Quijote pasar.
Va cargado de amargura
va, vencido el caballero
de retorno a su lugar.

Siendo niño, mi padre me contó que, un día, Alejandro Dumas sollozaba amargamente, derrumbado sobre un folio que acababa de escribir. Su hijo, también escritor, le preguntó por la razón de su congoja. El autor de «Los Tres Mosqueteros» tomó la hoja de papel, que aún olía a tinta fresca, y se la tendió con mano temblorosa, al tiempo que decía: «lloro, porque he perdido un hijo. Acabo de matar a D'Artagnan».

Gabriel García Márquez, durante una semana inolvidable que estuvo con nosotros en Moscú, recién nombrado yo Embajador en la Unión Soviética, me dijo que también él lloró desconsolado, tendido de bruces sobre el lecho, cuando tuvo que dar muerte a Aureliano Buendía, el protagonista de «Cien años de Soledad».

Sí, la muerte del héroe literario puede ser, a veces, necesaria; pero llena de dolor a quien le dio la vida, y ahora se la tiene que quitar.

Por eso pienso yo que algo parecido debió sentir don Miguel de Cervantes, al verse forzado a sacrificar al personaje con el que había compartido tantos años de penas y alegrías. Enfermo y próximo a su fin –Cervantes sobrevivió a la segunda parte del libro apenas unos meses–, el bravo soldado de Lepanto, que no se arredró ante la metralla turca, vio cómo le temblaba el pulso a la hora de enterrar a don Quijote, su criatura bienamada. Como le tembló a don Francisco de Quevedo, Señor de la Torre de Juan Abad, cuando triste, abandonado y casi ciego se despidió de los seres que había creado –clérigos y nobles, cortesanas y buscones, pícaros y soldados de fortuna–, escribiendo en otro lugar de La Mancha,

en Villanueva de los Infantes, un desgarrado adiós, recogido en lo que, a mi entender, quizá sean sus más amargos versos:

Como los ríos que en veloz corrida
se van hacia la mar, tal voy llevando
el último suspiro de mi vida.

Cervantes y Quevedo expresarán, con maestría inigualable, una misma idea: la defensa del amor como razón suprema, en un mundo cuyos valores veían agonizar.

Por el tiempo en que todo son incertidumbres, en la España de comienzos del siglo XVII, don Quijote proclama la certeza berroqueña de su «yo sé quién soy». Y en medio de la confusión de sentimientos que le asaltan, encuentra en el amor la tabla salvadora. Cuando lo derriba el Caballero de la Blanca Luna, y sabe que ha llegado el fin, aún le quedan fuerzas para musitar, «con voz debilitada y enferma», las que piensa serán sus últimas palabras: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo». Esa fue su profesión de fe; y esa su esperanza en el amor, la única fuerza capaz de triunfar sobre la muerte.

Pocos años más tarde, así será también para Quevedo que, en la tolvana que se lleva por delante los cascotes de una España en ruinas –que él refleja como nadie en su «Miré los muros de la patria mía»–, es capaz de concebir ese soneto que quiso titular «Amor constante más allá de la muerte»: toda una confesión sincera y emotiva, triste pero no desesperada. En ella se reafirma en dos convencimientos: un día su cuerpo se reducirá a cenizas; pero eso nunca es el final, porque aún queda el amor, que permenece y triunfa. De manera que sus huesos –y aquí el verso portentoso– «polvo serán, mas polvo enamorado».

El río de la andadura quijotesca, que se inició una mañana de sol abrasador por el Campo de Montiel, ha desembocado en un océano sin orillas. Vuelto a casa, con el fiel escudero al lado suyo, el molido don Quijote se prepara a rematar con dignidad la última tarea: rodearse de amigos, servidores y parientes y entregar su alma noble y generosa, consciente de que, para el que fuera Caballero de los Leones, una vida ramplona y lugareña carecería de sentido.

Todos lo saben y lo aceptan –el ama, el bachiller, el cura, la sobrina– porque es lo que, en el fondo, deseaban para él: el regreso, la paz y la cordura. Sólo Sancho –Sancho bueno, Sancho hermano– se resiste a ver llegar el final de su señor. Porque sabía muy bien que, sin él, se vería de nuevo uncido a su terruño de labriego; sin él, dejaría sus honores de es-

cuadero para volver a los bardales, al rucio y la besana; si él, no volvería a sentir jamás el escalofrío de la gloria ni la tentación de la aventura. En ese punto es bien patente que don Quijote y Sancho, nuestros dos manchegos inmortales, han llegado a convertirse en dos mitades de una misma realidad. O, como ha dejado dicho el maestro Lázaro Carreter, en «la cara y la cruz de una medalla de oro». Por eso, quijotizado como estaba, Sancho tuvo claro que la muerte del andante Caballero comportaría también la suya. Y que necesitaba del que fuera Don Quijote de la Mancha para rescatar su propia vida de la voracidad del olvido

De ahí que le proponga salir de nuevo al campo, donde quizá –le dice– tras de alguna mata hallaremos a la señora Dulcinea. Quiere sacarle del sopor, poniendo ante sus ojos el señuelo de la amada. Quiere verle vestir armas, embrazar la adarga y el lanzón para acometer gestas heroicas, que aún le den renombre y fama. Quiere verlo ganador, después de haber perdido. Y en un postrer esfuerzo por detener lo inevitable, pide al amo derrotado –y cito literalmente sus palabras– no estar afligido, «que es de ley derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy puede ser vencedor mañana».

¡Qué bien supiste tentarlo, Sancho amigo! Sin embargo, no lo habrías de convencer. Y es que en ese lecho de agonía ya no estaba don Quijote sino el comedido hidalgo don Alonso Quijano: un hombre bueno y sosegado, que abomina de los libros de caballería, renuncia a su locura, hace testamento y se dispone a bien morir.

Los románticos franceses y alemanes elegirán este pasaje, cargado de honda pena, a la hora de elogiar la figura del bravo paladín. El más famoso de ellos, Henrich Heine, confiesa haber llorado leyendo estas secuecias. Y llegará a decir que, con este desenlace, Cervantes le da a la obra un toque de gradeza, y hace de ella un logro sin posible parangón en la literatura universal. Es también la opinión de Fiódor Dostoyevky, que describe ese luctuoso trance en términos patéticos, desde la óptica trascendente y religiosa que alienta en todos sus escritos. Éstas fueron sus palabras:

«Cuando al fin renunció a todo, cuando curó de su locura y se convirtió en un hombre cuerdo, no tardó en dejar el mundo con una sonrisa de resignación y placidez, consolando a un Sancho que lloraba, y amando a un mundo del que se iba con la fuerza y la ternura que encerraba su santo corazón».

Los mejores grabadores europeos representan esa escena familiar. De entre todos ellos, destaca el testimonio dibujado por Gustavo Doré donde, sobre el sueño del ama y el manso sollozar de la sobrina, se alza la frente despejada y el sereno mirar de quien se adentra sin miedo en la negrura, porque sabe que ha cumplido su misión.

A mí, lector enamorado del quijote, me gusta imaginar que por esa mirada pasarían, en la hora de la suprema soledad, los ideales que impulsaron su quehacer de andante caballero: el ansia de justicia y libertad, el amor a Dulcinea y la nostalgia del camino.

